

EL MATERIALISMO DIALECTICO EN SU ASPECTO ONTOLOGICO

I

En el curso del desarrollo histórico de la filosofía occidental aparecen como constantes bien definidas dos concepciones, al parecer antagónicas, que pretenden dar una visión objetiva de la realidad: la concepción fluyente del ser (o heracliteana) y la concepción estática del ser (o parmenídea). Fácil es distinguir cómo entre ambas se ha repartido casi la totalidad de la historia de la filosofía. Innumerables sistemas filosóficos, e incluso épocas histórico-filosóficas, han fluctuado en esa perenne oposición, acentuándose unas veces aquella concepción, y otras veces ésta.

A menudo ocurre que dentro de un período histórico-filosófico dado, donde a primera vista aparece como dominante una de esas dos concepciones extremas del ser, por debajo de ella fluye, vívido y creador, el interminable diálogo entre ambas posiciones. Fácil es de notar esto en el siglo XIX. La Modernidad, ese vasto período histórico de la filosofía que se extiende a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, no fue sino un constante afán de lograr la racionalización de lo real; y esto significaba en su más prístina esencia, estatificar el ser, intemporalizarlo, fijarlo firmemente, inmanentizarlo ⁽¹⁾. Esta postura moderna se mantiene durante el siglo XIX, siglo

(1) Sobre este punto véase el singular libro de E. MEYERSON, *Identidad y realidad*, trad. esp. de Joaquín Xirau, Madrid, 1929. Principalmente págs. 428 y sigtes.

en el que, al racionalismo moderno se le aúna, como aliado, el naturalismo de las ciencias positivas. Y, en general, sobresalen, en el siglo XIX, una serie de notas distintivas que nos muestran cómo el proceso de la racionalización de lo real y con él, el triunfo aparente de la concepción estática o parmenídea del ser, va logrando las cimas más altas alcanzadas hasta ese entonces. Observemos dichas notas distintivas.

- a) Se instaura una inmanencia total del acontecer real, basada en la identidad, pensada como causalidad estricta y ésto es tomado como principio explicativo general. Se prefiere la inmovilidad, la negación del cambio, la total inmanencia y se oponen, al movimiento, la permanencia; a la procesualidad, la identidad y el estricto causalismo lineal que va inexorablemente de la causa al efecto, sin que tenga carácter reversible.
- b) Se parcela la realidad descomponiéndola analíticamente en aislados elementos constitutivos, es decir, se realiza el proceso de la atomización con reducción al elemento individual en cada plano de la realidad. Esto permite instaurar un mecanismo eficiente para perseguir y explicar cada instancia peculiar de la realidad y sirve, prácticamente, a los fines immanentizadores de la racionalidad.
- c) Se trata de reducir todas las instancias constitutivas de la realidad a meras cosas. Todos los planos de lo real tienden a ser *cosificados* y esto implica establecer límites infranqueables entre las cosas, de manera tal que entre ellas ya no se puede hablar de una relación recíproca ni de un funcionalismo universal.
- d) Enumeramos una serie de notas menores, pero importantes:
 - 1) Tratamiento empírico-experimental de la realidad universal.
 - 2) Intento de atenerse a lo dado empíricamente y sólo a lo dado.
 - 3) Afirmación de la estructura causal-determinista de la realidad.
 - 4) Reducción de toda la realidad a ente o hecho físico.
 - 5) Afirmación de la inalterabilidad de las "leyes racionales" que rigen la naturaleza.
 - 6) Propensión a reducir el mundo histórico a estricta legalidad causal y mecánica.
 - 7) Instauración del esquema mecanicista como modelo interpretativo de la realidad.
 - 8) Rechazo de todo intento de construcción metafísica sobre el acontecer real.
 - 9) La explicación positivista tiene estos caracteres:

- a) reducción total de los entes a cosas.
- b) aplicación extrema del analitismo a la realidad.
- c) estricto causalismo lineal de causa a efecto, irreversible.
- d) mecanicismo antifinalista.

Todo esto configura una imagen racionalizada e inmovilizada de la realidad. Como se ha dicho en innumerables ocasiones, el tiempo es desterrado totalmente de ese esquema interpretativo de lo real. La Modernidad logra alcanzar, en cierto modo, los fines propuestos en su faena filosófica con el vasto esquema mecanicista que el siglo XIX inaugura magistralmente, basado en los reiterados triunfos que las ciencias naturales van ofreciendo constantemente. En líneas generales, el siglo XIX muestra, en muchos aspectos, la primacía casi absoluta de la concepción estática del ser. Pero, como decíamos al comienzo, por debajo de esta primera impresión, aun es dable palpar la existencia de una oposición velada, unas veces, y consciente, otras, entre ambas maneras de observar el multiforme panorama de lo real: la heracliteana y la parmenídea.

De este modo es fácil observar la permanente presencia de la actitud parmenídea en pensadores como Comte, Littré o Mill y más agudamente, hacia el final del siglo, en Spencer, Laas o Wundt. En todos ellos la explicación de la realidad está basada en esquemas intemporales, en precisos marcos racionalistas, en un causalismo determinista casi asfixiante, en un naturalismo científico-experimental de firme aspiración inmanentizadora... , en fin, en una decisiva negación de la procesualidad temporal de lo real.

Llegado a este punto es lícito preguntarnos: ¿quién representó la concepción heracliteana del ser en el trasfondo parmenídeo del siglo XIX?. Sin lugar a dudas, la representaron, tras la sombra venerable de Hegel, Karl Marx (1810-1883) y Friedrich Engels (1820-1895), particularmente este último. Dejando a un lado en esta ocasión las conexiones que el marxismo tiene como movimiento político, de aspiración social, convertido en el siglo XX en un factor espiritual movilizador de grandes masas humanas y cuyos aciertos y errores está fue-

ra de lugar considerarlos aquí, no debemos dejar de observar que el pensamiento filosófico marx-engelsiano aparece como un capítulo de validez esencial para comprender una gran parte de la actividad filosófica del siglo XIX.

La posición filosófica que representaron Marx y Engels tomó el nombre de *materialismo dialéctico* y éste se originó como derivación necesaria, según sabemos —dentro de la edad del positivismo ochocentista— en el idealismo dialéctico de Hegel. Según textual confesión de Marx, "...el misticismo en que se desenvuelve la dialéctica en manos de Hegel no impide absolutamente que sea él quien haya expuesto, el primero, sus formas generales de movimiento de un modo comprensivo y consciente. Hegel pone la dialéctica al revés. No hay más que darla vuelta para descubrir el núcleo racional bajo la envoltura mística" (2).

Precisamente contra la actitud mecanicista de la época es que el materialismo dialéctico insistirá en la innegable existencia del movimiento, del cambio constante. No en la forma en que lo presentó Hegel, es decir, como autodesenvolvimiento del espíritu, sino como el desarrollo y la manifestación suma de la realidad, sea ésta física o histórica, o socio-cultural. Como vemos, aquella intuición primaria de la metafísica presocrática, acerca de la naturaleza fluyente del ser, que en la Antigüedad fue manifestamente expresada por Heraclito, en el siglo XIX es de nuevo reiterada y recuperada en un plano superior. Justamente, por eso, "para Engels, el problema fundamental es el del ser y del devenir, en la naturaleza y en la sociedad" (3). Y sobre este planteamiento se basa la estructura filosófica del materialismo dialéctico.

Otro de los aspectos llamativos del problema filosófico que plantea la citada concepción radica en lo siguiente. En cierta manera se han opuesto, desde luego, sobre la base de la oposi-

(2) KARL MARX, *El Capital*, págs. 17-18, Prefacio a la segunda edición alemana. Trad. esp. de Juan B. Justo, Buenos Aires, 1946.

(3) RODOLFO MONDOLFO, *El materialismo dialéctico en Federico Engels*, pág. 21. Trad. esp. de A. Mantica, Rosario, 1940.

ción de los siglos XIX y XX, dos diferentes metodologías epistemológicas. Se ha dicho que el nervio vivo de la actitud gnoseológica del positivismo radica en la *explicación*, en tanto que en el siglo XX, p. ej., con la corriente fenomenológica, lo esencial de la actitud gnoseocrítica radica en la *descripción*. Sin entrar a considerar la validez de esas afirmaciones, que tocan problemas ajenos a nuestro intento actual, debemos observar como un hecho curioso, que uno de los "temas" esenciales del materialismo dialéctico, está en el vehemente deseo de instaurar el método descriptivo como método capital para el estudio de la realidad. El procedimiento de la "descripción" lleva al materialismo dialéctico a tomar una posición anti-mecanicista, por un lado, y a comprobar, por el otro, la innegable existencia de un continuo cambio y movimiento, tanto en la realidad física, biológica, histórica, como también en la racional. Según veremos más adelante, si el siglo XX conviene en establecer que la "descripción" se instituya como método capital para el estudio de la realidad, (Husserl, Hartmann, Heidegger...) no podemos negarle al materialismo dialéctico el privilegio de ser el preanuncio efectivo y el antecesor innegable de una actitud gnoseocrítica que, en otro sentido, fructificará más tarde.

Antes de entrar en detalles, debemos afirmar una vez más, que la estructura filosófica del materialismo dialéctico se debe más a Engels que a Marx, pues si bien es verdad que los gérmenes primarios de la concepción se hallaron en Marx, la actitud filosófica según la cual el materialismo dialéctico se convirtió en un método interpretativo de la realidad y de la razón, fue fundamentalmente elaborada por Engels (4) quien siempre pensó a partir del ser y del devenir, en tanto que Marx lo hizo desde la teoría del conocimiento (5).

(4) Hoy ya se acepta como un hecho evidente e innegable que fue sólo Engels quien elaboró el materialismo dialéctico filosófico. En apoyo de esta tesis consúltese la reciente *Historia de la Filosofía*, de JOHANNES HIRSCHBERGER, trad. esp. de Luis M. Gómez S. J., tomo II, pág. 273, Barcelona, 1956.

(5) Para más consideraciones acerca de este punto nos remitimos a la ya citada obra de R. Mondolfo.

Ante todo, en una exposición detallada del materialismo dialéctico, nuestro primer planteamiento debe referirse a una dilucidación aceptable del significado que tienen esas dos palabras.

Materialismo. Por materia, y en oposición al “espíritu”—dentro de la concepción filosófica de Hegel— el materialismo dialéctico ha entendido aquellos entes que constituyen la realidad, con previa antelación a todo acto cognoscitivo, y que aparecen, hasta cierto punto, como independientes del sujeto e, incluso, de todo acto de conocimiento. La materia, pues, está concebida en su sentido materialista tradicional, es decir, en su contraposición al espíritu.

Dialéctico. En su origen griego, dialéctico derivó de la palabra *legein*, que significa poner, y con ella se entendía algo así como “lecho”, lugar para poner o asentar algo. Posteriormente se acuñó la palabra *dialegein*, con la que se dió un paso esencial: lo puesto se trató de “exponer”, de “presentar” y así se originó el “diálogo”, que más tarde con los sofistas, se convirtió en *discusión* (6). Pasando por Sócrates, la dialéctica llega a convertirse, con Platón, en una disciplina superior, mediante la cual la actividad intelectual puede llegar, por intermedio del juego de las definiciones, al conocimiento de las Ideas. Dejando a un lado la posición asumida por el método dialéctico a lo largo de la Antigüedad, de la Edad Media y de la Modernidad, debemos observar que el carácter pasivo de la dialéctica en Platón se transforma en carácter activo en Hegel, en quien la dialéctica absorbe, en una unidad orgánica, sus primitivos sentidos de poner, exponer y discutir. Según Hegel, la dialéctica, insertada en la estructura misma de lo real, hace posible el desarrollo, efectivo y concreto de la realidad. Hegel reivindica el nombre de *dialéctica*, para denominar con ella el proceso evolutivo y antitético de la razón absoluta, mediante

(6) Cfr. FEDERICO NICOLAI, *Miseria de la dialéctica*, pág. 30, Stgo. de Chile, 1940.

el método antinómico de las oposiciones: tesis, entétesis y síntesis. El método dialéctico de Hegel muestra el proceso idealista del espíritu absoluto en su auto-desenvolvimiento en la realidad universal; la serie tesis, antítesis y síntesis, se van superando unas a otras en síntesis de grado siempre superior, hasta llegar a la síntesis suprema: el espíritu absoluto. En las mallas de toda esta red dialéctica se envuelve la totalidad del acontecer universal.

Precisamente, esta construcción antinómica va a ser retomada por el pensamiento marx-engelsiano. Al recuperar los datos que, de manera manifiesta, les brindan las ciencias empírico-experimentales, el método dialéctico hegeliano "se pone al revés" (Marx) y lo que en Hegel aparece como el despliegue dialéctico-idealista del espíritu absoluto, en el materialismo dialéctico se torna palpable realidad del mundo material. Las series de oposiciones entre tesis, antítesis y síntesis, aparecen como momentos constitutivos de una procesualidad afinada en la más objetiva realidad material; es ésta la que se desenvuelve y desarrolla sobre la base de esos momentos dialécticos, omnipotentes e innegables. Toda la realidad, física o histórica, participa de esa procesualidad dialéctica, de hondo carácter irreversible, que impulsa constantemente hacia siempre venideras síntesis, hacia transitorias oposiciones antitéticas, que son perennemente absorbidas y superadas.

El materialismo dialéctico. Caracteres generales. Estudiarémos ahora los aspectos esenciales que constituyen y dan fisonomía propia a esta concepción filosófica, ciertamente no muy tenida en cuenta, por sus evidentes conexiones de índole política. Superadas estas conexiones políticas no debemos negar que el materialismo dialéctico ha significado, dentro de las corrientes filosóficas del siglo XIX, una corriente de pensamiento de incuestionable validez para la historia de las ideas por representar la reiteración de una antigua postura del filosofar (la concepción fluyente del ser), es decir, por representar una peculiar actitud del siglo XIX, puesto que tuvo la audacia de darnos una imagen fluyente del ser en instantes que las posturas

inmanentizadoras de la realidad estaban de moda. He aquí los caracteres esenciales del materialismo dialéctico:

1) *El movimiento dialéctico.*

El materialismo dialéctico proclama la constante movilidad y cambio de los procesos reales de la naturaleza, de la historia y de la razón. No admite la permanencia constante de las cosas y su carácter inmutable. Las esencias inmutables se disuelven en un constante cambiar y su ser es inestable. En oposición antitética, frente a la permanencia instaura el movimiento, el desenvolvimiento, el constante despliegue de oposiciones, del fluir dialéctico, de la indisoluble unidad del ser y del no ser en el devenir.

Los procesos reales y racionales son antagónicos e incluyen en sí una constante contradicción y superación de las antítesis en síntesis de grado superior. De ahí que el movimiento dialéctico al afirmar la existencia de un continuo cambio en la realidad, lleva directamente a la abolición de la identidad abstracta. Por eso Engels nos dirá, caracterizando al movimiento dialéctico, que "el movimiento, en su sentido más general, en cuanto es concebido como un modo de existencia, como atributo inherente a la materia comprende todos los cambios y procesos que se producen en el universo, desde el simple cambio de lugar hasta el pensamiento" (1).

2) *La acción recíproca.*

En oposición al causalismo mecanicista, el materialismo dialéctico instaura la noción de acción recíproca. La causalidad, dominante en los tiempos modernos, establecía una dirección lineal irreversible de causa a efecto. Más tarde, a este causalismo se le adjudicó un complemento: el determinismo. En oposición a este tipo de causalismo lineal, el materialismo dialéctico establece un encadenamiento del movimiento en los procesos que muestran la absoluta dependencia e influencia del todo con el todo. Por eso no existen causas aisladas, sino una acción recíproca reversible de la causa sobre el efecto y del efecto sobre la causa. En este sentido, para el movimiento dialéctico no hay nada terminado, absoluto, algo que tenga un límite final, sino que, por el contrario, la acción recíproca establece un constante cambio de influencias y reciprocidades, terminando por manifestar, al fin, un desenvolvimiento progre-

(1) FEDERICO ENGELS, *Dialéctica de la naturaleza*, pág. 41, trad. esp. de Augusto Bunge, 2da. edición, Buenos Aires, 1947.

sivo. Engels dirá (Ver su *carta a Marz* del 30 de mayo de 1873) que "los cuerpos no pueden separarse del movimiento; sus formas y especies sólo pueden conocerse mediante su movimiento; de cuerpos aislados del movimiento, de toda relación con otros cuerpos, nada puede afirmarse. Sólo en su movimiento revela un cuerpo lo que es. De ahí que la ciencia de la naturaleza conoce a los cuerpos considerándolos en su acción recíproca". Así puede decirse que A es causa de B pero B se opone y reacciona sobre A. El efecto común de esta acción recíproca es C, superación y, a la vez, síntesis en un nuevo plano de A y B. Considerando esto se puede decir, igualmente, que A es causa de B y que B es causa de A. Esta acción recíproca, aspecto dinámico de la interdependencia de todos los elementos de lo real, es llamada *Wechselwirkung* por Hegel y constituye uno de los ejes principales del materialismo dialéctico (*).

3) *La negación de la negación.*

La marcha del movimiento dialéctico y de su acción recíproca está implícita en la llamada ley de la negación de la negación. Aquéllo que Hegel pensó como proceso dialéctico en la tríada tesis, antítesis y síntesis, es trasladado al seno de la realidad y, transcrita en lenguaje materialista, toma, en su nueva formulación dialéctica, estas formas:

tesis: afirmación
antítesis: negación
síntesis: negación de la negación

La negación de la negación es el resumen del movimiento dialéctico. Ese proceso muestra la interconexión de las fases, en la cual cada fase nueva se origina sobre la anterior que es "suprimida" y "conservada" (*aufheben*).

Este proceso de la negación se impone como una fatalidad, con una férrea necesidad, donde cada nueva fase asumida, es nuevamente afirmada, de nuevo negada, y afirmada y negada en sucesivos actos. Esto acontece tanto en la naturaleza, como en la historia, como en la razón (*).

(*) GEORGES FRIEDMANN, *Materialismo dialéctico y acción recíproca*, en el volumen colectivo *A la luz del marxismo. Método dialéctico y ciencias humanas*, págs. 110-111, trad. esp. de José Ferrel, Buenos Aires, 1941.

(*) Para mayores detalles acerca de esta ley dialéctica véase, FEDERICO ENGELS, *Anti-DÜHRING*, Cap. XIII, pág. 149, trad. esp. José Montenegro, Bs. As., s/f.

4) *La interpenetración de los opuestos.*

La concepción tradicional racionalista establece que los procesos contrarios se oponen. Por tanto no se puede concebir que una cosa tenga "contradicción" en sí misma, tenga su "opuesto" en su misma interioridad. En esa concepción tradicional rige el principio de identidad, en oposición al principio de contradicción. Contra esta concepción, el materialismo dialéctico instaura la ley de la interpenetración de los opuestos, que niega la no existencia de los mismos. Los opuestos se transforman unos en los otros mediante la negación de la negación. En el interior de cada cosa se suceden fuerzas opuestas antagónicas que se "contradicen" que luchan y, precisamente por esto, las cosas cambian. Es condición esencial de ellas contener la contradicción en sí mismas.

5) *La transformación de la cantidad en cualidad y viceversa.*

Esta ley indica la índole esencial del proceso definido como proceso por saltos. Engels nos dice que "podemos expresarla para nuestro objeto en el sentido de que en la naturaleza, de un modo que se mantiene siempre en cada caso particular, los cambios cualitativos sólo pueden realizarse por agregados cuantitativos o por sustracción cuantitativa de materia o de movimiento" (10). En este proceso, cantidad y cualidad se corresponden en ambos sentidos y recíprocamente. La aparición de un proceso puramente cuantitativo tiene un límite, pasado el cual, se convierte en una diferenciación cualitativa. En los procesos reales, naturales o históricos, el agregado y la sustracción cuantitativa provoca un cambio cualitativo en el estado del proceso correspondiente; es decir, un cambio en que la cantidad se transforma en cualidad. Veamos un ejemplo. Cuando se parte desde 0º grado y se hace subir la temperatura del agua en la serie de grados, el cambio se presenta continuo e inalterable; pero tiene un límite: cuando el agua llega a los 100º C. se transforma súbitamente en vapor. Un cambio cuantitativo se hace cualitativo. Igual es el proceso inverso: llegada a la temperatura a 4º C. bajo cero se transforma en hielo, es decir, el agua se solidifica. Cuando el ente no cambia de naturaleza acontece un cambio cuantitativo; por el contrario, cuando el cambio cuantitativo llega a un límite y el ente cambia de naturaleza, acontece un cambio cualitativo.

6) *El carácter progresivo de los procesos dialécticos.*

Otra de las características distintivas del movimiento dialéctico está en que éste es siempre progresivo. Tanto en la naturaleza, como en

(10) FEDERICO ENGELS, *Dialéctica de la naturaleza*, edic. cit., pág. 32.

lo histórico, como en la razón, los procesos dialécticos contradictorios son inexorablemente progresivos; a cada fase que adquieren suceden otras fases de un tipo inmediato superior y que no tienen regresión. Son procesos irreversibles, basados en una continuidad de procesos dialécticos, donde cada estado nuevo se sucede en forma progresiva, a partir de los anteriores, y ésto de una manera necesaria.

En líneas generales, csos son los caracteres esenciales que configuran todo el pensamiento filosófico o la estructura misma del materialismo dialéctico. La acentuación del carácter cambiante del proceso dialéctico, y la intención de observarlo en todos los procesos de la realidad universal, nos muestra en qué forma el devenir heracliteano ha logrado plasmar, dentro de una época generalmente parmenídea, inmanentizadora y estática, racional en sumo grado, una concepción fluyente de la realidad.

Pero la afirmación de un aspecto en evidente contraposición con otro, tiene la desventaja de no considerar las virtudes y los defectos de ésta o aquélla postura o concepción del ser, y por este motivo se le pueden hacer serias críticas al materialismo dialéctico, genuina concepción filosófica del todavía incomprensible siglo XIX. Estas críticas no tienen la intención de ser destructivas; muy por el contrario, intentan mostrar qué es lo vivo y lo muerto en esa concepción fluyente del ser, y cómo la misma tiene su limitada validez dentro del horizonte abierto de problemas filosóficos mostrados por el siglo XIX y que, en última instancias, no era sino una nueva forma de encarar el sempiterno problema central de la metafísica: el del ser.

II

a). Como hemos visto, el materialismo dialéctico surge dentro del horizonte de los problemas filosóficos planteados durante el siglo XIX, precisamente cuando el auge inusitado de las ciencias positivas empírico-experimentales apuntaló la concepción racionalista de la realidad. El positivismo naturalista hace girar toda concepción del ser dentro de una metafí-

sica peculiar: mediante el mecanicismo reduce el ser a mero ente físico, es decir, a materia. En este sentido, el materialismo comenzó a elevarse como concepción dominante del siglo XIX, en evidente contraposición con los aspectos idealistas que, en el período breve del Idealismo alemán, habían alcanzado alturas insospechadas. La dialéctica pasó del idealismo al materialismo (11). La afirmación del carácter central de la materia, en la concepción positivista del ser, es evidente; todo el naturalismo positivista gira en torno de ella, y, por consiguiente, se instituye en la piedra básica del materialismo dialéctico.

Pero acontece que esa tradicional noción de materia se ha esfumado con los nuevos planteamientos ontológicos del siglo XX. En cierto modo, dicha noción va siendo suplantada por la de energía y, dentro de las concepciones microfísicas actuales, el hecho evidente de la materialización y desmaterialización de la energía radiada, nos fuerza a superar ese concepto tradicional (12). Desde el punto de vista más actual de la concepción física del universo, sería ingenuo seguir sosteniendo la denominación de materialismo. Por lo menos lo que Marx y Engels entendieron como materia está hoy totalmente superado. La tradicional noción de materia se ha esfumado en una nueva entidad que no tiene, en lo más mínimo, ninguno de los

(11) Cfr. para este proceso, la excelente obra de FEDERICO ENGELS, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der Massichen deutschen Philosophie*. (Existen múltiples traducciones españolas).

(12) "En las teorías que rigen actualmente las ciencias, las partículas, como los electrones (positivos y negativos) y los neutrones, de que se componen toda materia, aparecen como entes cuya existencia individual es limitada a fracciones ínfimas de un segundo. Durante ese tiempo inconmensurablemente pequeño, se disuelven y se constituyen de nuevo todas las partículas que forman un cuerpo, cuya inalterabilidad es, por lo tanto, sólo aparente y se debe al hecho de que el número total y la distribución general de las partículas queda esencialmente la misma. La inmutabilidad que presenta la materia en muchas de sus formas, es exclusivamente de naturaleza estadística y se refiere, únicamente, al conjunto de sus elementos, pero no a éstos, considerados individualmente. La noción tradicional de materia ha sido abandonada, y se la debe considerar como una de las numerosas manifestaciones de la energía". SIMÓN NEUSCHLOSZ, *Análisis del conocimiento científico*, pág. 171, Buenos Aires, 1944.

caracteres de aquélla, lo cual es un signo más de que el materialismo dialéctico se basa en una metafísica del ser predominante en el siglo XIX.

b). Los caracteres definidos de la dialéctica hegeliana se tornan imprecisos en el materialismo dialéctico, ya que no aclara si se trata de un movimiento ontológico o lógico. No se esclarece si el movimiento dialéctico es la forma lógica que adquiere el proceso dialéctico de las contradicciones de lo real o si él aparece como una lógica que nos revela dichas contradicciones. Pero parece que el núcleo esencial del materialismo dialéctico radica —según se desprende de las consideraciones anteriormente hechas— en la afirmación de una constante contradicción de lo real. Todo, por el simple hecho de ser, tiende a no ser y a volver a ser, según el ritmo de la tríada ser, no ser y devenir.

La primera crítica de que es objeto esta actitud o idea central del materialismo dialéctico radica en el hecho innegable, que nosotros no tenemos un “módulo” para discriminar objetivamente cuáles son las contradicciones reales de lo real. Siempre queda librado a nuestro arbitrio (y esto es lo inseguro en el conocimiento científico) el poder determinar las “contradicciones” objetivas de algún suceso del acontecer real, es decir, las afirmaciones de una tesis, las negaciones de una antítesis, las negaciones de las negaciones de una síntesis. Y si esta determinación resulta imprecisa, considerándola en el terreno de las ciencias naturales, ¿qué no resultarán cuando tratemos de aplicarlas al mundo histórico?. Luego, no contamos con un criterio objetivo para darle al materialismo dialéctico el carácter de científico, sinónimo de exactitud y seguridad, que ampulosamente siempre ha pretendido tener.

La segunda crítica se refiere a la pretensión de ser una teoría “explícito-todo” que mantiene en sí mismo el materialismo dialéctico. Uno de los más notables errores cometidos por el pasado filosófico tiene por base el desacierto de aplicar categorías que rigen en determinados estratos de la realidad a otros donde tal vigencia resulta impropia. Pensar que en

la esfera espiritual impera la implacable necesidad, y afirmar que en la esfera de la realidad física, rige la más absoluta arbitrariedad, es cometer uno de esos errores. Algo así es lo que comete el materialismo dialéctico, cuando pretende aplicar el método dialéctico a los distintos estratos de la realidad, haciéndolo valer como método explicativo único tanto para lo físico, como para lo biológico, psicológico, sociológico o espiritual. Si admitimos circunstancialmente, por la simplicidad de los procesos, que en lo físico pueden darse “contradicciones” reales en que la unidad de dos oposiciones producen una síntesis superior (como por ejemplo, dado el desconocimiento de su naturaleza íntima, se ha pretendido hacer con el carácter corpuscular y ondulatorio de la luz), no podemos creer que esa explicación sea satisfactoria cuando se la aplica, verbigracia, al orbe biológico. El materialismo dialéctico habla de una constante sintetización de las antítesis, pero acontece que, en el dominio de la vida, hay sistemas complejos de organismos en que no se salta de un estadio dado a otro inverso, mediante contradicciones reales internas. Muy por el contrario, las fases se originan mediante “agregaciones” y nuevas reagrupaciones y, en la mayoría de los casos, mediante el pausado y gradual desenvolvimiento de los mismos gérmenes iniciales que ya existen con anterioridad a los mismos cambios y futuros estadios. El proceso del crecimiento en los organismos biológicos se desarrolla mediante esos tipos de categorías, y no a través de la contradicción o de la formación de síntesis sobre la base de negaciones, en las cuales el estadio siguiente representa una fase superior, diferente y negadora de la anterior. Además es posible observar que el desarrollo de los organismos se realiza basado, fundamentalmente, sobre una constante diferenciación en cuanto a la individualidad se refiere, y no como resultado de una continua síntesis de negaciones y de antítesis. Las funciones biológicas se encuentran constantemente en un despliegue de descomposiciones de funciones en varias otras de acuerdo con las necesidades y exigencias del

organismo y no sobre la base de continuadas síntesis de opuestos (13).

En lo que al método dialéctico respecta, los reparos que hemos visto no hacen sino afianzar más la convicción que él representa sólo un método filosófico dentro de un horizonte metafísico determinado: el siglo XIX. No podemos creer que nos sirva en los tiempos actuales para ayudarnos a comprender el nuestro, orientado hacia otros problemas y perspectivas que el ámbito vital del ochocientos no tuvo nunca entre manos.

c) Con referencia a la llamada ley de la transición de la cantidad en cualidad mediante la cual se trata de explicar el proceso de la evolución de un estado a otro, podemos decir que si bien existen hechos y acontecimientos del mundo real que, en su procesualidad justifican aparentemente hablar de una transición de la cantidad a la cualidad, ella no puede pretender para sí la validez absoluta de ley universal. Ejemplos frecuentes encontramos ya en el cambio de los estados líquidos, gaseosos o sólidos de los cuerpos naturales, o en el simple hecho de que las células de un organismo biológico, después de haber crecido hasta cierto punto, súbitamente se dividen en dos y originan nuevos organismos. En cuanto mera metodología descriptiva del acontecer natural la enunciación del proceso citado mediante tal "ley" es inobjetable (14). Pero se pone en tela de juicio la pretensión que tiene el materialismo dialéctico de considerar la citada ley, como la ley fundamental que explica el proceso del acontecer natural o histórico. Muy por el contrario, dicha ley nada nos dice acerca de *por qué* acontece la transición de la cantidad a la cualidad en éstos o aquellos límites, con éstas o aquéllas especiales características, que motiva el hecho mismo de la transición. A lo sumo, hay una mera descripción del fenómeno, pero con ella estamos como en el comienzo: la exactitud científica desea la explicación.

(13) Sobre esto véase, FEDERICO NICOLAI, *Miseria de la dialéctica*, edic. cit. pág. 77.

(14) Para más detalles sobre esta cuestión consúltese, SIMÓN NEUSCHLOSZ, *Análisis del conocimiento científico*, edic. citada, págs. 238-253.

Cuando se exige una comprensión más rigurosa de la índole específica del mencionado proceso, la mera enunciación descriptiva del mismo, mediante la citada ley en nada nos ayuda, ya que la simple descripción no nos hace conocer los factores que motivan el origen de la transición de la cantidad en cualidad. Acertadamente nos dice Neuschlosz, en su ya citada obra, “aunque aceptamos la terminología utilizada por los marxistas para caracterizar estos fenómenos, evidentemente su designación con un nombre nuevo no nos facilita su comprensión, que no alcanzaremos sino mediante un análisis profundo de los factores responsables que sólo pueden explicar por qué la transición en cuestión se produce precisamente en este momento y no en otro cualquiera?”. Hablar en todos los casos mencionados de una “transición de cantidad en cualidad”, puede ser justificado, pero de ninguna manera nos exime de la necesidad de investigar en cada caso individual, el proceso íntimo, señalado en su conjunto con dicho nombre”.

Quisiéramos hacer notar también que, en el proceso dialéctico de la transición de la cantidad a la cualidad, el clásico ejemplo del agua, no es feliz. En efecto, al cambiar cualitativamente, el agua no cambia *sustancialmente*. Ella permanece siendo siempre la misma (H_2O) en sus distintos estados cualitativos: líquido, sólido, gaseoso. El ejemplo, así como también la validez de la ley, sería correcto si a cambios cuantitativos sucedieran cambios *sustancialmente* cualitativos, de modo tal, que a cada cambio cualitativo correspondiera una sustancia esencialmente diferente; algo así como si aconteciera una *transustancialización* en el sentido de la Eucaristía... Esto no sucede con respecto del ejemplo del agua, pues ella queda permanentemente igual, en su esencia, en sus distintos estados. Como observamos, el ejemplo puede tener valor con referencia a las cualidades sensibles de los distintos estados que el agua asume, pero no atañe a lo que pudiera ser una *ley interna* de la constitución de las sustancias. Aquí la explicación de la ley de transición de cantidad en cualidad nada nuevo nos

enseña y no aparece como ley fundamental que nos muestre la constitución íntima de las sustancias.

d) Pero quizá, la crítica más seria que, en su conjunto, puede hacerse al materialismo dialéctico ha nacido de los problemas metafísicos planteados por el siglo XX. Lo esencial del materialismo dialéctico radica en su concepción del movimiento dialéctico. Dicho movimiento es constantemente afirmado mediante leyes dialécticas que se extienden férreamente a todas las esferas de lo real: física, biológica, psicológica, espiritual, histórica. Desde el punto de vista de la ontología actual, la crítica contra dicha afirmación viene por dos costados.

Primero: por un lado, la estructura ontológica de la realidad no permite que las leyes de un estrato inferior determinen al superior. De este modo, pues, no se puede sostener la vigencia absoluta del movimiento dialéctico como una ley válida para todos los estratos de la realidad. Además en el plano espiritual se dan una serie de modalidades para el cual no rige lo que el movimiento dialéctico afirma: un proceso contradictorio.

Segundo: por el otro, frente a la afirmación marx-engeliana de un continuo movimiento dialéctico, es decir, de una serie de evoluciones progresivas de oposiciones y contradicciones, la física actual (y, con ella, en otras esferas, la ontología regional del siglo XX) nos muestra la existencia de una serie de constantes físicas del universo que no participan, en su interioridad, de las leyes del devenir o cambio dialéctico.

Pues bien, se consideran estas constantes como los ladrillos que estructuran el universo. De este modo, se puede observar que las características esenciales del cambio dialéctico y de las leyes del movimiento dialéctico, no pueden aplicarse a estas constantes, que por el contrario, participan de cierto y peculiar carácter "estático": el movimiento acontece *con* ellas, no *dentro* de ellas ⁽¹⁵⁾.

⁽¹⁵⁾ En el famoso *Handbuch der Physik* (Springer-Verlag, Viena, Austria), al comienzo de cada volumen se especifican, resumiendo los

Podemos decir que, a pesar de la innegable existencia de un perpetuo cambio o fluir del acontecer real, el universo está estructurado en una serie de constantes que recorren todos los estratos de la realidad. Son las "mallas" permanentes de lo real dentro de las cuales sucede y acontece la procesualidad universal. Ni la afirmación de que todo cambia, ni la afirmación de que todo permanece, es valedera totalmente; sólo el genuino equilibrio de ambas afirmaciones puede darnos una imagen acertada de la realidad. El materialismo dialéctico, filsofía peculiar del siglo XIX, acentúa injustificadamente una de esas afirmaciones, y al negarle derechos ciertos a la otra, se niega a si mismo.

e) Unos de los aciertos del materialismo dialéctico, no obstante los reparos que hemos visto, ha sido su decidido rechazo del mecanicismo. La concepción mecanicista de la realidad, hija dilecta del racionalismo moderno, tuvo auge decisivo durante el siglo pasado merced al impulso inusitado de las ciencias naturales. La crítica que el materialismo dialéctico le hizo, justificada en toda medida, habla de una clara visión acerca del valor de una concepción dominante en la época. El mecanicismo, al identificar causa y efecto, como anteriormente vimos, excluye toda posibilidad de progreso. La identificación de causa y efecto lleva directamente a la posibilidad de producir siempre los mismos procesos que se repetirían infinitamente sin producir nada nuevo. El materialismo dialéctico criticó acertadamente esta concepción mecanicista y, en este sentido, es precursor de otras críticas más actuales.

últimos conocimientos en el terreno de la física, una serie de 39 *Allgemeine physikalischen Konstanten*, entre las que figuran, la velocidad de la luz, la constante de acción de Plank, la constante de gravitación, la carga eléctrica elemental, la temperatura absoluta, la cantidad de energía del universo, el número de Loschmidt, la constante de Boltzmann, carga del electrón e, masa en reposo del electrón, pesos atómicos del electrón, protón, neutrón, relación de masas del átomo de hidrógeno con el electrón, etc. Como dejamos dicho estas constantes adquieren un rango peculiar en la imagen actual del universo físico: son sillares sobre los que descansan ciertos caracteres "estáticos" que, dentro de su procesualidad, la realidad nos revela. Cfr. WERNER HEISENBERG, *La física del núcleo atómico*, Apéndice, trad. esp. F. Vela, Madrid 1954 y BERNARD BAVINCK, *Ergebnisse und Problem der Naturwissenschaften*, pág. 194, Zürich, 1954.

f) Por otra parte, el interés del materialismo dialéctico por “describir” la forma en que acontece un proceso natural, en vez de explicarlo, es también una fecunda idea. En general, en el siglo XX, muchas de las metodologías novísimas instauraron actitudes de tipo descriptivo para el estudio de ciertos grupos de problemas; así, p. ej., el método fenomenológico exige mantenerse dentro de una cuidadosa descripción de lo dado. Ya, antes, Dilthey, pedía una psicología descriptiva opuesta a la analítica. Pero hay muchas diferencias entre Husserl y Dilthey y el materialismo dialéctico. La descripción se refiere a zonas del ser, distintas a las que se aplica el último. Éste pretende explicar un proceso natural, físico o biológico, y lo que hace es *describir* cómo es ese proceso. En los primeros casos se renuncia por inadecuada a toda pretensión explicativa.

En general, el materialismo dialéctico es una filosofía genuina del siglo XIX, erigida a la sombra del venerable Heráclito, cuya esencia es la visión de la naturaleza fluyente del ser. Desde un punto de vista positivo, mostró ciertas fallas del esquema mecanicista y racionalista tradicional. Por eso, debemos reconocer el valor indudable que el materialismo dialéctico tiene como concepción filosófica, dentro de la historia general de las ideas. Pero, como todos los grandes sistemas filosóficos, no tiene validez intemporal en todas sus partes. Ella está encuadrada dentro del marco metafísico del siglo XIX. Pretender extender su vigencia a nuevos horizontes, como los que brinda el siglo XX, es tarea infructífera y vana.

FRANCISCO AGUILAR

BIBLIOGRAFIA

Especial.

- MARX-ENGELS, *Correspondencia*, Buenos Aires, 1947.
CARLOS MARX, *El Capital*, Buenos Aires, 1946.
FEDERICO ENGELS, *El Anti-Dühring*, Buenos Aires, 1944. Existe excelente edición en inglés, Londres, 1934 (Lawrence and Wishart Ltd.).
— — *Dialectics of nature*, Londres, 1946. Excelente edición, con amplios apéndices, notas e índices, preparados por J. B. Haldane. Existen múltiples traducciones españolas; la mejor, *Dialéctica de la naturaleza*, trad. M. Bunge, Buenos Aires, 1947.
— — *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, Leipzig, 1946 (Meiner), con amplios agregados e índices. Existen muchas traducciones al español.
V. I. LENIN, *Materialism and Empirio-criticism*, Moscú, 1947 (Foreign Languages Publishing House). Existe traducción española, Buenos Aires, 1946.

General.

- JOHANNES HIRSCHBERGER, *Historia de la filosofía*, tomo II, págs. 266-281, Barcelona, 1956.
ALEJANDRO KORN, *Hegel y Marx*, Buenos Aires, 1946.
ERNST BLOCH, *El pensamiento de Hegel*, México, 1949.
RODOLFO MONDOLFO, *El materialismo dialéctico en Federico Engels*, Rosario, 1940.
SIMÓN M. NEUSCHLOSZ, *Análisis del conocimiento científico*, Buenos Aires, 1944.
GEORG F. NICOLAI, *Miseria de la dialéctica*, Santiago de Chile, 1940.
JORGE PLEJANOV, *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, Buenos Aires, 1940.
— — *Materialismo militante*, La Plata, 1946.
EMILIO TROISE, *Materialismo dialéctico*, Buenos Aires, 1938.
VARIOS AUTORES, *A la luz del marxismo. Método dialéctico y Ciencias Humanas*. Buenos Aires, 1941.